

## Cuento

*Y cuando la niebla se disipó, según indicaron los aparatos de medición especiales, la vida siguió felizmente su curso pues todos se habían hecho saltar los ojos.*

Boris Vian, *El amor es ciego*

*Omnia vincit amor, et nos cedamus amori.*

Virgilio, *Bucólicas* X, 69

Ha sido una locura. Las calles están atestadas de gente; el cielo, de globos obscenos: en cada barrio, en cada calle y en cada comunidad de vecinos se producen sueltas indiscriminadas y espontáneas, que nos han dejado una línea del cielo colorista, diversa y provocadora. Nunca se había visto nada parecido. Todos se sonríen alborozados por las aceras, y no es raro ver centenares, tal vez miles de vehículos, ensartados e inmóviles en la calzada, mientras sus ocupantes se abrazan con profusión, intercambiándose los números de teléfono, y dando lugar a unos tan eufóricos como monumentales atascos que han paralizado el curso normal de la vida en nuestra ciudad. La radio repite incansablemente el mismo diagnóstico para el resto de las ciudades del país; la televisión nos acerca la misma imagen mundana del puro gozo. Y no es para menos. En corros, cafés y tertulias no se habla de otra cosa. Los más sesudos, reflexivos y maduros intentan poner cierto coto a la euforia, señalando y encareciendo los inconvenientes que pudieran acarrearlos los excesos. Los más cenizos y materialistas de entre los sociólogos mediáticos hablan, y no paran, de descensos en la producción fabril, y en general, de un ambiente menos propicio al estajanovismo. Otros, mucho más optimistas, pero también con barba y aun coincidiendo a priori con tales pronósticos, aventuran una mayor producción y entusiasmo

# Ha sido una locura

POR CARLOS GUTIÉRREZ

laboral a medio y largo plazo, una vez haya acabado el período más abrupto de la fiebre gozadora pero persistan en el tiempo sus consecuencias benéficas: rostros mañaneros más risueños, menos conflictividad, más alegría y consenso... en suma, un ambiente más propicio.

Es algo que flota en el ambiente. Esta misma mañana, como tantas otras veces, he coincidido en el ascensor con la más hermosa de mis vecinas, de la que ignoro hasta el nombre, pero que debe de ser estudiante de medicina o así; más que nada por los libros con que suele ilustrar su sobaco a diario. Nunca habíamos pasado del saludo somero y cortés; hablar del tiempo es de viejos. La verdad es que nunca me he visto hablándole del tiempo a alguien con minifalda. Al menos, no en un ascensor.

Hasta hoy nos limitábamos a rehuir el horizonte habitual de la mirada, aventando nuestra angustiosa claustrofobia social, bien hacia el techo, bien hacia el suelo del ascensor, mientras el tiempo que tardábamos en descender los diez pisos que quedan hasta abajo se hacía turbador e interminable. Pero hoy ha sido diferente. Aunque nada, salvo el saludo inicial, ha turbado el silencio de tan corto desplazamiento, nuestras miradas han convergido en un momento determinado, y ambos hemos esbozado una sonrisa tan cómplice como culpable. Finalmente he avanzado un paso, he extendido la mano y le he

acariciado la mejilla. Ella ha reclinado su cara en mi palma, al tiempo que la besaba levemente, y el desorden se ha apoderado al instante de habitáculo tan exiguo. Los libros pronto estaban por el suelo, desparramando y descabalandando anatomías y farmacologías, según creo, y una de mis manos buscaba el botón de STOP mientras la otra se afanaba en no sé qué abotonadura. Nos hemos amado allí mismo. Tal y como la situación requería ha sido asalto breve, aunque satisfactorio. Al cabo, ya recompuestos, he recogido sus libros y apuntes y se ha reiniciando el descenso. Abajo, frente al portal, y con alegre azoramiento, nos hemos despedido a la sordina; eso sí, con una sonrisa dulce y cómplice en los labios.

Por lo que he podido ver, el ambiente callejero no era muy diferente, aunque el pudor, estoy convencido, menoscaba todavía muchos impulsos y deseos haciéndolos, por contra, cada vez más imperiosos y formidables.

Por la tele recomiendan calma a la población, pero al hombre del tiempo, del que sólo se veía el busto, se le ha apreciado un estremecimiento inhabitual, avergonzado, espasmódico e inquieto. Por la radio no hacen sino escucharse voces quebradas, discursos inconexos y deshilvanados, gallos inquietantes y notas que van y vienen despavoridas y placenteras por las ondas. El ministro de Sanidad ha aparecido ante las cámaras a las cuatro y media. Su sonrisa lobuna era suficientemente elocuente.

En la universidad, en medio de un ambiente acalorado, asambleario y unánime, se ha decidido la suspensión temporal de las clases por un tiempo prudencial, que nadie ha osado fijar. Un amigo me ha dicho que el metro está colapsado, parados los convoyes en cualquier parte de su recorrido, y que el desenfreno más irreprimible se ha apoderado de los vagones. Sólo los más ancianos, y no todos, se dedican a mirar. La mayoría no entienden tal trajín, pero otros jalean ruidosamente las faenas. En el par-

lamento-algo que no ocurría desde Dios sabe cuándo-, y tras haber aprobado una moción por unanimidad, se ha prorrumpido en vivas tan espontánea como entusiásticamente. Se tiene constancia ya de reyertas y atracos que, disueltos en el maremágnum de la noticia, han acabado en abrazos y arrumacos: aunque no ha sido aún plenamente confirmado, el telediario de las tres daba noticia de un atraco a una sucursal bancaria de Almendralejo, donde la noticia, a través de los boletines horarios radiofónicos, habría irrumpido en medio del forcejeo entre una vigilante jurado y un atracador armado. Según parece, y como comentaban algunos testigos, el forcejeo duró más de hora y media y puede acabar en boda.

La nota amarga de la jornada ha residido en el elevado número de suicidios entre fabricantes de profilácticos, agoreros de fin de milenio y creadores de realidad virtual. Pero ni siquiera eso ha ensombrecido la noticia del día, del año y puede que hasta del siglo. Cuando ya no existía ni esperanza, han aparecido a la vez vacuna y antídoto, y en Cádiz, por lo visto, ya se planea instituir el entierro del sida desde el próximo carnaval. Eso sí, entre chanzas, chirigotas y el mayor desenfreno organizado de que se tenga noticia. Estamos salvados.

---

CARLOS M. GUTIÉRREZ (Ameyugo, España, 1965), es profesor de literatura en la Universidad de Cincinnati, USA, donde también sirve como coeditor de *Cincinnati Romance Review*. Anteriormente, ha sido profesor en las universidades de Valladolid (España), Estrasburgo (Francia) y Arizona State (USA). Ha publicado diversos ensayos, relatos, artículos y reseñas en revistas de España, Latinoamérica y los Estados Unidos. Es autor de las colecciones de relatos *Dejémonos de cuentos* (Valladolid: Grammalea, 1994) y *La red ciega* (Lima: Hipocampo, 2008), así como de diversos estudios críticos sobre el Siglo de Oro español, entre los que destaca *La espada, el rayo y la pluma: Quevedo y los campos literarios y de poder* (Purdue UP, 2005).